

La holgura de la derecha

NICOLAS LYNCH

Sonriente, con la seguridad que le da ser un hombre de negocios de éxito, sin que ello tenga nada de malo, como él mismo se encargó de aclarar. Así, apareció don Manuel Ulloa, nuestro primer ministro, ante los ojos de todo el país.

Por encima de sus pares de mayoría, que fueron poco pares en este caso, demostró quién es el estadista. ¿Estadista?, pero ello sería otorgarle una virtud al devaluado premier. ¿Virtud?, y ¿por qué no?, el problema es cómo y para qué la usa.

Ulloa salió cual paladín de la democracia buscando presentar una situación a todas luces insostenible como la única posible de llevar adelante en el país. Nadie le creyó, ni sus ministros, nerviosamente regimentados por él, ni su mayoría, regimentada con algo más de esfuerzo en los días anteriores, ni por supuesto el APRA, ni menos

aún la izquierda. Y si pasamos al comentario callejero, la situación es aún más crítica para el señor primer ministro.

¿Dónde la virtud entonces? En que manejó la situación. Tuvo adversarios condescendientes y de poca monta en el aprismo que mostró hasta la saciedad su cada vez mayor falta de viabilidad como alternativa reformista en la actual situación. Tan poco diferenciada, en cuanto tal, que mereció la burla reiterada del premier. Enfrentó la imprecación valiente, reiterada y puntual de la izquierda, pero desordenada y falta de planteamientos alternativos globales, que contrastaran ante el país como una vía diferente.

Por ello se sintió cómodo en el hemiciclo, se sintió cómoda la derecha en la larga jornada interpelatoria. Tan cómodo que pudo irse cuando le dio la gana, se paró y se fue. Como ya nos tiene acostumbrados, sin importarles la

majestad de la Cámara, ni la minoría opositora que poco pudo hacer para detenerlo. El viernes 17 cientos de miles de peruanos lo vieron y a pocos les quedan dudas de su prepotencia.

Comodidad, lo repetimos, eso fue lo que hubo en las filas gobiernistas ante la impotencia de la oposición. Y ello quedó muy bien expresado en la intervención, casi al final, de Ramírez del Villar del PPC. Molesto se levantó el señor a lamentarse de las protestas de la bancada de Izquierda Unida por la negativa de los ministros a contestar sus denuncias. Pero no era una molestia por sentirse amenazado en sus posiciones políticas, sino por las supuestas ofensas que los parlamentarios izquierdistas inferían con su comportamiento al Poder Legislativo. Era el lamento de quien se sentía herido por las insolencias de elementos ajenos que invadían un coto privado. De un caballero que desde la se-

guridad de su mayoría pretendía jalar las orejas a los traviesos.

¿De qué se trataba entonces? ¿Cómo dejar sentado a Ulloa por un buen rato más y callar el despotismo del jerarca pepicista? Con planteamientos que señalen las características de la salida democrática que Izquierda Unida propone en la actual situación. Planteamientos que apunten a disputarle el mismo terreno en que el belaudismo cree hasta ahora moverse sin rivales: la cuestión de la democracia. Vuelta sambenito, el presidente insiste en ella todos los domingos, el premier la pone por delante en sus discursos. Por más que sepamos que no es así, que la arremetida antidemocrática contra el pueblo es creciente, el problema no es de los que ya saben sino de cómo aparece ante el país.

Arrebatarse esta bandera se convertirá en el combate definitivo del actual periodo. Lo considero

tan importante porque señalar que serán las fuerzas de izquierda y no el belaudismo las únicas capaces de darle una salida democrática a esta situación significará retomar el mayor logro de la lucha antidictatorial de fines de los setentas, es decir, los márgenes de libertad alcanzados por el pueblo, para proyectarlos con la fuerza de las organizaciones naturales de las masas y una alternativa concreta de gobierno.

Ello tiene que definirse ahora cuando observamos que empiezan a gestarse los elementos definitorios del actual periodo. Y no como consignas gaseosas sino como planteamientos muy concretos de solución política. Ello permitirá que no sólo aparezcamos valientes, con lo que indudablemente causaremos molestia, sino sobre todo efectivos, con alternativas, a partir de lo cual empezaremos a amenazar ciertas comodidades.